

Ahora que hemos hablado de las tier-
nas ceremonias de que el divino Niño ha
sido objeto en muchas ciudades de Bélgi-
ca y de Francia, citaremos algunas de las
numerosas gracias con que ha favorecido
á nuestros países luego que se le ha hon-
rado en ellos. ¡Ojalá y sus ejemplos exci-
ten la confianza en nuestro amable Niño
y le ganen todos los corazones! Si me fue-
se concedido que fuese amado y honra-
do públicamente en todos los monaste-
rios del Carmelo y en todas las parro-
quias, sería ese el colmo de mis votos y
cantaría mi *Nunc dimittis*.

CAPITULO III

EL NIÑO JESUS, MEDICO DE LOS NIÑOS.

I. Una pobre viuda.—II. Una niña de sie-
te años.—III. Una niña caída entre las espi-
nas.—IV. Tumores.—V. Erisipela.—VI. Dis-
locación en la rodilla.—VII. La fé de una
madre.—VIII. Enfermedad interior.—IX.
Emma Labaert.—X. Un niño salvado dos

veces.—XI. Una discípula del Sagrado Cora-
zón de Jesús.—XII. Curación de mi Paulito.
—XIII. Enfermedad de la piel.—XIV. Un
ojo perdido.—XV. Oftalmía purulenta.—XVI.
Nefritis albuminosa.

Las gracias obtenidas en Francia y
Bélgica desde que la devoción del Niño
Jesús de Praga se ha establecido allí,
son muy numerosas y de todas partes se
reciben cartas de las maravillas de la
protección del Divino Niño.

En la imposibilidad de referirlas todas
escogemos algunos de los rasgos más ad-
mirables; y, como Jesús ha amado parti-
cularmente á los pobres y á los peque-
ñuelos, daremos á ellos en primer lugar.

I.—UNA POBRE VIUDA.

En cierta reducida ciudad de Bélgica,
una pobre viuda cargada de numerosa
familia, veía con color debilitarse de día
en día á uno de sus hijos; contemplando
con ansiedad los progresos de la enfer-

medad, su corazón de madre se desgarraba al pensamiento del fatal desenlace. Ya había agotado todos sus recursos, cuando oyendo hablar de las gracias que concedía el Niño Jesús, llena de confianza. «Oh divino Niño, exclamó, si os dignais curar á mi hijo, yo me comprometo á hacer lo posible para aumentar vuestro culto.» Luego comienza una novena con sus hijos. Los primeros días el adorable Niño Jesús parece sordo á sus oraciones; el mal se agrava; la madre redobla sus instancias, y al fin de la novena se conoce una mejoría notable, y poco después el enfermito está perfectamente curado. La pobre madre da gracias al Niño porque le ha conservado á su hijo, y para cumplir su promesa fué reuniendo céntimo por céntimo, la suma de siete francos cincuenta céntimos con lo que compró medallas é imágenes, que distribuyó en la población exhortando á todos á la confianza en este divino Rey.

Sus palabras confirmadas por la curación de su hijo hicieron grande impresión.

¡Qué fe tan admirable la de esta mujer, y cuánta generosidad en su gratitud! Semejante á la viuda del evangelio, no dá de lo superfluo, sino de lo necesario, ¡qué grande recompensa tendrá allá en el cielo!

II.—UNA NIÑA DE SIETE AÑOS.

Hé aquí otra curación más maravillosa y más pronta, obrada por nuestro adorable Niño Jesús.

Una niña de edad de siete años y medio, hacía como dos meses que padecía de una doble neumonía, y estaba deshaciada de los médicos. Una persona de la vecindad iba á verla muchas veces y á consolar á la madre muy afligida viendo los progresos de la enfermedad.

Esta amiga tuvo que ir á Namur en esta época, y allí oyó hablar de los favo-

res extraordinarios obtenidos por el recurso al Niño Jesús honrado en la capilla de los Carmelitas de esa ciudad. Habiendo regresado á su casa supo que la pequeña estaba muy grave: y abandonando en el acto sus ocupaciones, se dirigió á la casa de su amiga para alentarla y prestarle sus servicios en esas circunstancias. El estado de la niña no daba ningunas esperanzas, los objetos necesarios para la sepultura estaban preparados, y sólo se estaba esperando el momento supremo.

Llena de confianza en el Niño Jesús la piadosa amiga, quiso reanimar las esperanzas de aquel corazón maternal, tan dolorosamente probado, y le refirió lo que había oído en los días precedentes, luego después, colocando sobre el lecho una imagen del Niño milagroso, las dos mujeres se arrodillaron, y una oración fervorosa se escapó de su corazón para llegar á Aquel de quien todo lo espera-

ban. Esta oración fué oída, los síntomas de muerte desaparecieron al punto, y el médico que no vino ese día, creyendo que la niña había muerto en la noche precedente, quedó muy admirado del cambio repentino obrado en el estado de la enferma; y la declaró ya fuera de peligro.

Nadie puso en duda la protección del adorable Jesús: todos le dieron gracias, especialmente la dichosa madre.

En cuanto á la imagen que representaba al amable Salvador, fué religiosamente puesta sobre un cuadro y colocada sobre el lecho de la niña.

III.—UNA NIÑA CAIDA EN LAS ESPINAS.

Hortensia Lawaese, de edad de once años, perteneciente á una familia muy piadosa y muy estimable de Mons, estaba de medio pensionista en casa de las Ursulinas de esa ciudad. Hacía diez y nueve meses que padecía mucho, porque

estando en casa de una amiga muy pequeña, jugando, había caído tan desgraciadamente entre unas ramas de espinas secas, que muchas de ellas le penetraron en una rodilla, y aunque se las quitaron, desde entonces la rodilla le había quedado muy sensible, y á veces los dolores eran intolerables.

La niña iba á la clase cuando podía; mas, á veces padecía tanto, que sus maestras se veían obligadas á ponerla en el lecho para disminuir la intensidad del mal; los médicos empleaban los remedios más enérgicos, pero nada aprovechaban, al contrario, la rodilla continuaba en peor estado. El médico principal estaba resuelto á hacerle una incisión profunda hasta llegar á la raíz del mal.

La niña oró con confianza, el primer día, el segundo, nada obtiene; al tercer día sintió un movimiento en la rodilla como si alguna cosa quisiese salir: lleva allí la mano y sacó una espina de más

de dos centímetros de tamaño, clavada allí hacía diez y nueve meses.

La pequeña Hortensia no quiso separarse de la espina y la conservó como recuerdo de la habilidad de su celeste Médico. Y de este modo, la operación que se juzgaba necesaria, nuestro adorable Niño Jesús la había hecho sin incisión y sin dolor. La niñita se encontró mejorada en el acto, y dentro de algún tiempo quedó perfectamente buena.

IV.—TUMORES.—CURACION DE UNA HUERFANA Y DE UN NIÑO.

Una huérfana niña de ocho años tenía en el pulgar un tumor que tomó un carácter peligroso: la llaga se gangrenó, se puso tan mala, que se conocía, que sin una mejoría pronta era precisa la amputación. Fuerte prueba para la pobre niña ¡y tristeza para su buena directora y para todas sus compañeras!

La niña era admirable por su pacien-

cia y resignación; muchas veces decía: "yo sufro mucho, pero padezco por el buen Jesús."

Palabras muy edificantes en una niña de siete años.

En tan triste situación la Directora resolvió recurrir con todo su orfanatorio al Niño Jesús milagroso de Praga, mandando comenzar una novena, encender una vela delante de la estatua del divino Niño, y aplicando una medalla al dedo enfermo.

¡Nada se niega á la confianza!

Al primer día de la novena la gangrena desapareció, ó más bien el Niño Jesús contuvo sus progresos, la mejoría se acentuaba de día en día, de manera que ya no se trataba de amputación, pues el dedo iba mejorando notablemente.

El agradecimiento fué general; todos se esforzaban en manifestarle su gratitud al Niño Jesús, y todas las huérfanas quisieron inscribirse en su cofradía.

Una respetable familia de Gand estaba sumergida en una profunda tristeza, porque uno de los niños, gracioso jovencito de nueve años, se había clavado por inadvertencia con una pluma de acero el pulgar de la mano derecha. Al principio no se había hecho aprecio, pero muy pronto el mal se hizo alarmante; pues se le formó un tumor que le inutilizaba la mano y tenía que traer el brazo suspendido con una banda.

El niño estaba afligido, no sólo por su enfermedad, sino por el retardo de sus estudios, pues era un buen discípulo que estaba al frente de su clase y no veía con calma que otros le aventajasen.

Para colmo de su desgracia, sus padres no conociendo la gravedad del mal, tardaron mucho en consultar á un médico, el cual dijo que no respondía de la curación.

Hallándose en este estado, un sacerdote les habló de la devoción del Niño de

Praga, y de sus beneficios, asegurándoles que él les concedería la curación del enfermo, y animándolos á que toda la familia se inscribiese en la cofradía para ponerse bajo la protección especial del divino Niño, y á recitar diariamente la oración eficaz del P. Cirilo.

También recomendó al enfermo que se aplicase la medalla del Niño Jesús sobre la parte dañada y que repitiese con frecuencia la invocación: «Santo Niño Jesús, bendícenos.» — «La bendición que el divino Niño os concederá, añadía, será la curación de vuestro dedo. Y no se engañaba..... algunos días después la curación era perfecta, y entonces conoció el peligro en que había estado de quedar inutilizado toda su vida.

V.—ERISIPELA.

Algunos meses después de la inauguración de la estatua del Niño Jesús, en Bagnères de Bigorre, la Srta. Terrier de

Burdeos, fué allí con uno de sus sobrinos cuya salud dejaba mucho que desear, y era un huérfano llamado Andrés Jacquemet, sobrino del antiguo obispo de Nantes, Monseñor Jacquemet.

Este niño ya enfermizo, fué atacado de la erisipela, que en poco tiempo le puso á las orillas del sepulcro, invadió la cabeza, y como la lengua le salía de la boca, muy horroroso estaba á la vista.

El médico no podía contener el mal, y perdida ya toda esperanza, la Sra. Terrier hizo un voto al Niño Jesús, pidiéndole la salud del huérfano, y apenas se hizo, cuando se conoció alguna mejoría, la lengua volvió á su lugar y la hinchazón desapareció sensiblemente, y muy pronto Andrés estuvo completamente bueno.

En el monasterio de las Urbinas de Breust-Eisden, (Holanda), una pequeña pensionista de edad de diez años padecía de una gastritis y de erisipela que le apareció en la pierna izquierda; el mal hacía

rápidos progresos y amenazaba llegar al corazón; durante ocho días fué presa de una fiebre de 40 á 42 grados. Los médicos daban pocas esperanzas y entonces las religiosas le comenzaron una novena al divino Niño y á San Antonio de Padua, é inmediatamente se notó el alivio, pues la erisipela cambió su curso, la fiebre disminuyó, y la niña estaba salvada!

A los ocho días la pequeña protegida del Niño Jesús y de San Antonio, perfectamente curada se hallaba en medio de su familia para celebrar á San José fiesta patronal de su patria.

VI.—DISLOCACION DE LA RODILLA.

Esteban Gay, de edad de once años, perteneciente á una honrada y piadosa familia, jugaba con sus pequeños amigos que hacían la cadena, y desgraciadamente le soltaron la mano, por lo que fué á dar contra una gran piedra. El niño no se quejó ni lo dijo, hasta después

de algunas horas por no alarmar á su familia.

En el acto llamaron al doctor, el cual conoció que se había dislocado la rodilla y después de haberla estirado fuertemente para poner el hueso en su lugar, ordenó que le pusiesen unas compresas alcanforadas, renovadas cada diez minutos, añadiendo que esto sería cosa muy dilatada. Comenzaron una novena al Niño Jesús, y la abuela dotada de una fe viva, recomendó mucho el tocar la imagen del divino Niño cada vez que aplicasen las compresas.

Mas como se le hubiese formado una especie de agua que le rodeaba la rodilla, ya trataban de ponerle un vegigatorio, pero el niño Jesús se encargó de ello á su modo; y el último día de la novena, el niño se hallaba perfectamente curado. El doctor ordenó algunos días de reposo por prudencia, pero el niño ya andaba perfectamente.

VII.—LA FE DE UNA MADRE.

Una Sra. de Forest, (cerca de Bruselas), tenía una niña encantadora de ocho meses, hija única, obtenida mediante ocho años de oraciones y súplicas. Esta niña padeció el 24 de Jnnio de 1891, una indigestión que tuvo consecuencias gravísimas, pues si al principio se creyó que era una ligera indisposición, pero como el mal se hizo más grave, tuvieron que llamar al médico.

A pesar de los cuidados más inteligentes no se le notó mejoría, por lo cual llamaron á otros dos médicos, y los tres aseguraron que tenía una meningitis muy declarada, y una inflamación en los intestinos. Durante cuatro horas la niña permaneció sin sentido y sin vida, hasta creerla ya muerta. Y como no tenía el calor necesario para vivir, los médicos ordenaron que la pusiesen en unas mantillas de gutapercha; y la tuviesen durante

ocho días sin desenvolverla. Una de los médicos quiso fortalecerla insuflándole cognac por las narices y por la boca, pero nada aprovechó.

La pobre madre desolada, fué ella misma al Carmelo de Uccle, para solicitar las oraciones de la comunidad, conociendo que no se pedía nada menos que un milagro.

Monsieur el Abad Arnoust, Capellán del Convento, le aconsejó que ocurriese al divino Niño Jesús, honrado particularmente en la capilla de las Carmelitas, y que prometiese inscribir á la niña en la cofradía si recobraba la vida y la salud.

La joven Sra. tomó estos consejos y comenzó con las religiosas una novena al Santo Niño Jesús.

La fe de la piadosa madre debía ser muy grande para poder resistir á la prueba.

En los primeros días de la novena, no había esperanza de curación, pues al

contrario, el estado de la enferma era más y más grave, y su pobre padre mirando ya á su hijita como muerta mandó comprar flores artificiales para adornar el sepulcro del angelito.

La madre oraba y hacía que orasen, y constantemente asistía á la capilla de las carmelitas, diciendo que el amable Jesús concluiría por socorrerla.

Efectivamente, la niña daba de vez en cuando señales de vida, y sus pobres padres vivían entre continuas alternativas de temor y de confianza, mas el peligro entretanto subsistía, y la niña se hallaba moribunda.

La pobre madre no perdía la confianza, y con una fe digna de los primeros cristianos, no cesaba de decir que el Niño Jesús de Praga había de venir en su ayuda.

Uno de los días de la novena, muy temprano vió que la niñita se hallaba entre las últimas luchas de la agonía; la

madre tiene necesidad de fortaleza para reportar el golpe terrible, y quiere ir á tomarla á los pies del divino Niño..... Al principio vacila: "Mi hijita estará ya muerta cuando vuelva, se dijo, pues bien, sea; yo voy á comulgar, y el Niño Jesús de Praga me la conservará."

Después de una fervorosa comunión en el monasterio de Uccle, volvió á su casa. «La niña, ha muerto ya? preguntó al entrar.—No: Sra. antes está mejor.» Esta mejoría era ya la curación radical, recompensa de una fe capaz de trasportar las montañas.

VIII.—ENFERMEDAD INTERIOR.

Las Carmelitas de San Nicolás. (Bélgica), conociendo las gracias y los beneficios que Jesús concede en las partes donde es honrado, deseaban vivamente una estatua para su capilla, y aún no habían manifestado á nadie sus deseos cuando los vieron realizarse.

Una hermosísima estatua se instaló en su pequeña iglesia con todo el culto posible. El sermón movió al auditorio y ganó muchos corazones para Jesús.

Una de las personas que asistieron, la Srita. U..... se dijo: "ahora si ya sé á quien he de recurrir en mis necesidades.

Al día siguiente supo que un sobrino suyo estaba muy grave y se apresuró á llevarle una imagen, una medalla y un rosario del Niño Jesús.

El niño, de complexión delicada estaba minado por una enfermedad interior que no dejaba esperanza, y aunque solo tenía seis años, mas como sucede muchas veces á algunos ángeles que el Cielo envía á la tierra, tenía la inteligencia muy desarrollada y se daba cuenta de su estado; y así dijo un día á su madre en presencia de la Srita. U.....» Mamá ¿mandarás imprimir tarjetas por mí? La pobre señora con el corazón desgarrado

no pudo responderle más que con una señal.—«Mamá, y harás poner en ellas á tu querido Oscar»? (este era su nombre) Nueva señal afirmativa, más esta vez el dolor maternal llegaba á su colmo, y se manifestó por los sollozos.—«Mamá, no llores por mí.»

La piadosa tía, profundamente afligida mas llena de confianza, puso la medalla en el cuello del enfermo, y dejó los otros objetos sobre la almohada, y recomendó que orase mucho á la Santísima Virgen. El niño respondió en el acto con un gesto expresivo: «Nó, nó,» si el Niño Jesús dice, sí, será sí, y si dice nó, será nó.»

«Pero el Niño Jesús dijo sí;» la mejoría se hizo sentir al instante, y la curación fué pronta y completa.

Los piadosos padres desearían publicarlo por todas partes para gloria de nuestro querido Rey. La Sra. U..... mandó hacer una estatua del divino Niño pa-

ra colocarla en su casa y hacerla llevar á la procesión de la parroquia por doce niños pequeños entre los cuales Oscar reclamó su lugar.

IX.—EMMA LABAERT.

Al principio de 1894, el pensionado de la Santa Unión, en la calle de Vauban, en Dunkerque, era objeto de los favores de nuestro buen Jesús.

Una pequeña alumna, Emma Labaert, llegó á la clase en la mañana, en perfecta salud. Después de haber comido en su casa, jugando, repentinamente exclamó: «¡Madre, qué mala estoy!» y la niña cayó desmayada y fría sin movimiento.

Inmediatamente llamaron al doctor, y á la superiora de las enfermeras, los cuales declararon su mal sumamente grave.

Durante muchas horas prodigaron á la niñita los cuidados más esmerados.

Dos crisis terribles de convulsiones aumentaban su gravedad, y llamaron á un

sacerdote que le administrase los últimos sacramentos. El médico declaró que una nueva crisis acarrearía un desenlace fatal. La maestra de la pequeña Emma y otra religiosa, obtuvieron permiso de ir á ver á su discípula que era un ángel de dulzura y de piedad.

Por toda la tarde las niñas de las clases habían orado al Niño Jesús, mas parecía que no quería oírlas. Antes de partir las religiosas la superiora tuvo una inspiración del cielo: prometió á Jesús poner su estatua en la capilla del pensionado si la niña escapaba de la muerte. Emma se hallaba moribunda, pero un instante después ya conocía á sus piadosas maestras y sonreía con ellas. Muy pronto el médico declaró que estaba fuera de peligro, y por la tarde estaba casi curada. La noche fué excelente, y la mañana siguiente la pequeña favorecida del pequeño Jesús hacía una visita á su querido pensionado. Su curación fué perfecta, pues Emma La-

baert está más fuerte que antes del terrible día.

X.—UN NIÑO SALVADO DOS VECES.

Una señora tenía á su niño más pequeño enfermo de una neumonía muy grave, cuando recibió de una Religiosa, una imagen del Niño Jesús de Praga, y este era un consuelo que se le enviaba. La piadosa madre no había oído jamás hablar del milagroso pequeño Jesús, mas conmovida por la oración del P. Cirilo, impresa en el reverso, tomó la imagen con fe y la puso en la cuna del querido enfermo, suplicándole al divino Médico que curase á su hijo, el cual dentro de pocos días estaba convaleciente. Desde entonces la imagen bendita quedó cerca del lecho del pequeño protegido del Niño Jesús.

La familia quiso promover esta tierna devoción para manifestar su reconocimiento al adorable Infante. Consiguieron nuestra historia del Niño milagroso de

Praga, y admirados, entusiasmados, (es la madre quien habla) con la lectura de tantas maravillas, todos los miembros de la familia se consagraron al punto al amable Niño. ¡Cuántas nuevas gracias se obtuvieron entonces! ... verificándose las palabras dichas al P. Cirilo. «Cuánto vos más me honrareis, más yo os favoreceré.»

Esta fervorosa cristiana puede citarse como modelo; que nos perdone, pues no queremos lastimar su humildad, sino mostrar lo que puede la fe, y lo que debería ser siempre el reconocimiento. Para dar gracias al divino Salvador, para propagar su culto por todas partes, dando imágenes, rosarios y medallas en las misiones, en las parroquias, en las comunidades; y repartiendo también su pequeña Revista (1) sabiendo por experiencia que los ejemplos conmueven y que una buena lectura puede ganar una familia toda entera. Jesús sonríe á tanto celo, y nada puede negarle; el enfermo ya salvado en 1893, lo

fué aún otra vez, pues atacado de una flujión de pecho y ya bastante grande para orar por sí mismo, decía en medio de sus sufrimientos: «Oh pequeño Jesús, hermano mío, alíviame, quítame esta tos.» Después con su fervor de niño de tres años se ponía él solo sobre su pecho un corazón que había visto en el cuello de su divino Protector, y el amado Jesús, movido de esta fe tan ingenua lo sanó prontamente.

¡Cuántos rasgos aún podríamos citar de la misericordiosa bondad del Gran Niño sobre esta familia! Que las madres le confíen sus hijos, que les enseñen á conocerle y á amarle, pues es todopoderoso y jamás se dejará vencer en generosidad.

XI.—UNA ALUMNA DEL SAGRADO CORAZÓN.

Roscrea (Irlanda). (Casa del Sagrado Corazón).

«El Santo Niño Jesús, cuya amada devoción se extiende más y más, nos ha hecho sentir su divina protección curando á

una de nuestras discípulas que enfermó gravemente en Octubre de 1892.

Una fiebre violenta y continua la consumía hacía tres semanas; todos los recursos del arte se habían extinguido, y no esperábamos más que el último suspiro de nuestra amada Lizzia. Entretanto una imagen milagrosa del Santo Niño de Praga estaba en nuestro poder, y llenas de confianza en Aquel que ha dicho: “Todo lo que pidiéreis en mi nombre, os lo concederé,” recurrimos á El, con una fe que, sin duda, movió su Corazón misericordioso.

Luego que pusimos la santa imagen sobre la cabeza de la enferma, se obró un cambio repentino en su estado, pues durmió tranquilamente toda la noche con gran admiración de las enfermeras, que no la dejaban sola ni un instante.

Al día siguiente el doctor aseguró que la fiebre había desaparecido y que nuestra amada niña estaba fuera de peligro.

Al Niño Jesús debemos este beneficio, y para manifestarle nuestra gratitud, nos apresuramos á conseguir una estatua suya, y, religiosas y alumnas recurrimos á El en todas nuestras necesidades; siendo imposible referir todas las gracias y favores que recibimos cada día de su benignidad y su misericordia.

¡Que Dios sea siempre bendito!

XII. CURACION DE MI PAULITO.

Mi Paulito era un niño de once meses, muy bien formado, muy robusto y hermoso. Desde su nacimiento no había tenido ni la más ligera enfermedad, ninguno de esos malecillos pequeños tan comunes en los niños; era un encanto verle siempre vivo y alegre.

Un sábado de Octubre de 1894, jugaba tranquilamente en su silloncito pequeño, y comenzaba á querer andar y enderezarse con frecuencia; hallábase en la cocina, y, por un concurso de circunstancias des-

graciadas, la nodriza (que siempre le cuidaba con esmero) estaba vuelta á otro lado sin ver al niño; la criada (por una imprudencia inaudita) puso una vasija con agua hirviendo junto al sillón del niño; y la pobre criaturita, asustada con el vapor, procuraba enderezarse sobre el brazo del sillón; no se sabe como pasó.

No lo sabemos. en menos tiempo del que es preciso para escribirlo, cayó de espaldas en el agua hirviendo.

Tomarle, el meterle en agua fría y cortarle los vestidos, fué obra de algunos segundos; más el agua estaba tan caliente y las carnes tan tiernas, que la piel quedó pegada á los vestidos en toda la quemada. Todas las espaldas, desde el cuello, hasta abajo de los muslos, no era más que una llaga.

Llamó violentamente á un médico, y después á otro; ninguno de los dos ocultó la gravedad del mal. La quemada era tan intensa que la respiración por los poros